



Andrew Jotischky es catedrático de Historia Medieval en el Royal Holloway, Universidad de Londres. Experto en religión y cultura medievales, es autor de *The Penguin Historical Atlas of the Medieval World, Crusading and the Crusader States*, y *The Carmelites and Antiquity*.

«Claro y convincente... Profundamente erudito pero agradable para el lector general, este libro presenta una imagen holística de las prácticas ascéticas medievales desde Siria hasta Irlanda en toda su vertiginosa variedad a lo largo del milenio medieval». – Scott G. Bruce, autor de *Cluny and the Muslims of La Garde-Freinet*.

«Una excelente guía académica sobre los orígenes, el crecimiento y el florecimiento de las innumerables formas de vida ascética cristiana». – Diarmaid MacCulloch, catedrático emérito de Historia de la Iglesia, Universidad de Oxford.

«Una exploración accesible y decisiva del monacato medieval que plantea cuestiones fundamentales sobre el papel de los monasterios en la cultura medieval y defiende su relevancia para las sociedades modernas». – Janet Burton, autora de *Monacato medieval*.

«Un relato histórico magistralmente amplio». – Francesca Peacock, *Daily Telegraph*.

EL MUNDO MONÁSTICO

---

COLECCIÓN · EL TIEMPO HABITADO



ANDREW JOTISCHKY

# El mundo monástico

Una historia de 1200 años



**ERASMUS**

2025

COLECCIÓN · EL TIEMPO HABITADO  
HISTORIA Y ARQUEOLOGÍA

ERASMUS EDICIONES

Primera edición: enero de 2025

Título original: *The Monastic World: A 1.200-year History*

© Andrew Jotischky, 2024

© Yale University Press, 2024

© de esta edición: Editorial Almuzara S.L., 2025

Dirección editorial: Raúl López López

Traducción y corrección: Marta Marne

Diseño de cubierta: estudiodavinci

Diseño de colección (interior): Alberto R. Torices

Ilustración de cubierta: Biblia de San Luis o de Toledo (s. XIII). Fol. 8r.

Diseño de cubierta: estudiodavinci

Maquetación: JesMart

Imprime y encuaderna: Liberdúplex

[www.erasmuslibros.com](http://www.erasmuslibros.com) [editorialalmuzara.com](http://editorialalmuzara.com)

[pedidos@almuzaralibros.com](mailto:pedidos@almuzaralibros.com) [info@almuzaralibros.com](mailto:info@almuzaralibros.com)

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4 C/8, Nave 12, no 3.  
14005 – Córdoba

ISBN: 978-84-10199-47-7

Depósito legal: CO-2081-2024

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Hecho e impreso en España Made and printed in Spain

*Para Caroline, como siempre*



## ÍNDICE

---

Agradecimientos . . . . .	II
Introducción . . . . .	13
I. La tradición emergente . . . . .	29
II. Una escuela al servicio de Dios . . . . .	101
III. Caminos paralelos . . . . .	163
IV. Hay ángeles en todas partes . . . . .	239
V. El molino y el Grindstone: los monasterios y el mundo, c. 1100-1300 . . . . .	319
VI. La fruta en su estación. Monacato bajomedieval . . . . .	403
Epílogo . . . . .	457
Fuentes de las imágenes . . . . .	463
Glosario de términos . . . . .	464
Notas . . . . .	465
Bibliografía selecta . . . . .	511
Índice . . . . .	522



## AGRADECIMIENTOS

---

**E**scribir este libro me ha llevado unos cinco años, pero me ha ocupado muchos más; en cierto sentido, toda mi carrera académica.

Naturalmente, he contado con la ayuda, el asesoramiento y el apoyo de un gran número de colegas y amigos. Mi primera deuda académica es con los numerosos estudiantes con los que he tenido el placer de explorar el monacato medieval en la Universidad de Lancaster y, posteriormente, en la Universidad Royal Holloway de Londres. Su curiosidad e instinto para formular las preguntas adecuadas han determinado el desarrollo de este libro. Muchas bibliotecas y colecciones han hecho posible la investigación, pero estoy especialmente agradecido por haber podido trabajar en la Biblioteca Warburg y en el Instituto de Investigación Histórica de Londres: de distintas maneras, ambos son tesoros incomparables para los medievalistas. Agradezco al personal de ambas instituciones su eficacia y amabilidad. También me gustaría dar las gracias a mi editora, Heather McCallum, y a Rachael Lonsdale y Katie Urquhart, también de Yale University Press, por ayudarme a hacer de este un libro mejor de lo que habría sido de otro modo. Sería imposible hacer una lista de todos los eruditos que me han ofrecido consejo y apoyo, pero a lo largo de los años me he beneficiado de conversaciones sobre los monasterios y sus habitantes con Frances Andrews, Janet Burton, Scott Bruce, Kate Cooper, Cecilia Gaposchkin, David Gwynn, Jonathan Harris, Paul Hayward, Peregrine Horden, Anne Lester,

Stella Moss, Jonathan Phillips, William Purkis, Keith Stringer, Edmund Wareham, Patrick Zutshi y muchos otros. El mérito de la invencible ignorancia que sin duda persiste a pesar de sus esfuerzos es mío. Mi mayor deuda, por supuesto, es con Caroline: compañera, amiga y apoyo constantes.

Fiesta de santa Dimpna, 2024

## INTRODUCCIÓN

---

Una vez se le apareció un demonio a un monje justo cuando sonaba la campana para convocar a la comunidad a maitines. «¿Por qué trabajáis tanto, monjes, dejando la cama tan temprano por la mañana para cantar salmos y aguantar ayunos? ¿Merece la pena? ¿No crees que los sacerdotes seculares obtendrán la misma recompensa al final?»<sup>1</sup> Esta historia, relatada por el monje de Cluny Ralph Glaber en el siglo XI, refleja la preocupación de un monje por promover los méritos de una vida religiosa cerrada y regular. Pero también habla de la inquietud que suscitaba el compromiso con esa vida. La mayoría de los monjes y monjas hacían votos para vivir el resto de sus vidas en una comunidad de clausura siguiendo una rutina de culto litúrgico, sin posesiones propias, comiendo en común y renunciando a los derechos a la intimidad básica. ¿Era necesario que hombres y mujeres se sacrificaran tanto para salvarse?

Una forma de reformular la cuestión planteada por el demonio sería preguntar por qué hombres y mujeres de la Edad Media se hicieron monjes y monjas en tan gran número. Se trata de una cuestión que se abordará, aunque de forma oblicua, en este libro, ya que es demasiado abierta para ser resuelta. Las razones para tomar los votos monásticos pueden tener que ver con las circunstancias familiares, la educación, las expectativas sociales y otras condiciones susceptibles de análisis histórico, pero en última instancia, cuando se tomó una decisión, rara vez es algo que el historiador pueda recuperar. Una forma más fructífera de

plantear la cuestión sería preguntarse por qué existían los monasterios y el mundo monástico. ¿Para quién eran? ¿Qué tipo de personas los fundaron y construyeron, y cómo se mantenían? ¿Qué ocurría exactamente en su interior? Y, quizá lo más importante, ¿cómo cambió el monacato a lo largo de los mil años que duró la Edad Media? Estas son las preguntas que he intentado abordar en este libro.

Los monasterios fueron la sala de máquinas de la sociedad medieval. En el apogeo de sus actividades e influencia (c. 800-1300), los monasterios proporcionaron liderazgo intelectual a las instituciones de la Iglesia y los gobiernos civiles, innovación en el pensamiento y la práctica religiosa, cuidado pastoral, provisión médica, educación, cultura visual y desarrollo agrícola. Y todo ello en un aparente aislamiento de la comunidad. Los monasterios estaban destinados a funcionar como lugares apartados del mundo, en los que monjes y monjas dedicaban sus vidas a un ritmo permanente de observancia litúrgica, oración y estudio. La oración litúrgica y la alabanza eran la esencia del monacato. Tanto los que seguían esta vida como los de fuera creían que la vida monástica se llevaba en beneficio de la sociedad en general, y que los sacrificios que hacían los monjes y monjas al separarse del contacto humano «normal» funcionaban como penitencias en nombre de la comunidad, así como para su propia salvación. Se consideraba que los monjes y las monjas llevaban vidas paralelas que tenían el poder de salvarse a sí mismos y a los demás.

Los monasterios, aunque de otro mundo, también tenían que funcionar en el mundo. Los primeros monasterios eran en gran medida autosuficientes, en el sentido de que intentaban mantenerse con una dependencia mínima de la sociedad exterior. Esto podía lograrse mediante el cultivo directo de la tierra por parte de los monjes –lo que reducía el tiempo disponible para las obligaciones espirituales– o mediante la aceptación de donaciones de tierras y mano de obra para cultivarlas. Como los servicios que prestaban a la sociedad se consideraban tan im-

portantes para la salud espiritual de la comunidad en general, se aceptaba como normal que los mecenas y benefactores mantuvieran los monasterios mediante donaciones y subsidios. Así, hacia el año 1000, los monasterios de toda Europa formaban parte de la élite propietaria.

Como tales, los monasterios eran instituciones complejas. Las exigencias de la propiedad incluían sistemas de cobro y recepción de rentas, introducción y, por tanto, métodos de contabilidad y gestión de las finanzas y los recursos humanos. Pero incluso el cumplimiento de sus funciones espirituales de culto comunitario exigía sistemas y gestión internos. La correcta ejecución de la liturgia requería formación en canto y teología sacramental. También requería libros de servicio y objetos sagrados específicos para la celebración de la eucaristía. Para cumplir la expectativa de oración y alabanza constantes, los oficios litúrgicos se extendían a lo largo del día y la noche, lo que a su vez significaba que se necesitaba luz –de velas o aceite, según la región– durante varias horas. Todos estos elementos debían producirse o adquirirse. Así pues, los monasterios necesitaban suministros que iban desde el pan y el vino hasta la cera y el pergamino, así como los conocimientos técnicos para procesarlos. Además, las escuelas que los monasterios creaban para formar a sus propios monjes también ofrecían a una sociedad mayoritariamente analfabeta la oportunidad de educar a sus jóvenes.

En ocasiones, los monasterios pueden verse como nodos fijos y estáticos de conocimiento que se transmiten de una generación a otra, como centros de experiencias locales que se autoperpetúan. Pero también debemos entenderlos como poblaciones dinámicas y fluidas definidas tanto por la transferencia y el intercambio de conocimientos como por la estabilidad y la continuidad. Las prácticas y las ideas se intercambiaban mediante la transferencia y la copia de textos, pero tales intercambios solo podían producirse en un marco de movilidad e interacción humanas. Casi todos los monasterios recibían visitas y daban

hospitalidad a huéspedes: personas en misión oficial, peregrinos, comerciantes, vecinos prominentes e incluso la realeza. Los monasterios funcionaban como mercados del saber, donde se podían poner a prueba, intercambiar y aplicar conocimientos nuevos y antiguos.

Los monasterios eran organismos sociales completos y complejos. Funcionaban dentro de marcos de gobierno interno que creaban sistemas jerárquicos de gestión y responsabilidad. Por lo general, se regían por una regla escrita y, en la mayoría de los casos, por un conjunto de constituciones específicas. Las primeras reglas se redactaron en el siglo IV, pero su objetivo era ofrecer un plan general para la vida monástica más que regular todas las eventualidades de la administración. Además, una vez que las condiciones de la composición original dejaron de aplicarse, se hicieron necesarias modificaciones, por lo que con el tiempo (sobre todo entre los siglos X y XII) los monasterios desarrollaron sus propias constituciones y protocolos detallados. En el mundo ortodoxo griego, el mundo monástico en el que no prevalecía una regla genérica, cada monasterio tenía su propio reglamento específico.

Sin embargo, los sistemas de regulación siempre están sujetos al elemento humano de la aplicación. Tanto las normas como las modificaciones constitucionales presentan imágenes ideales de regulación, jerarquía y orden, pero las realidades que presentan las pruebas contemporáneas revelan interacciones humanas en las que el desorden, el conflicto y la emoción actúan como elementos perturbadores y creativos. Las reglas monásticas eran documentos complejos en los que las normas se sustentaban en significados espirituales. Monjes y monjas tenían que desarrollar entre sí relaciones que implicaban negociar la espiritualidad de la obediencia y el servicio como parte de la observancia de los marcos normativos. En diversas fuentes monásticas contemporáneas hay abundantes pruebas de que a menudo se producían fricciones por la relación entre las duras realidades del funcionamiento

de una institución y las exigencias de cumplir las expectativas espirituales de la vida monástica. Aunque las reglas monásticas fueron concebidas para subordinar los deseos y la voluntad individuales de monjes y monjas a la comunidad, y permitir así a los practicantes alcanzar un estado de verdadera humildad ante Dios, el buen funcionamiento de cualquier institución exige y estimula inevitablemente la competencia y el juego de la ambición personal. Huelga decir, por supuesto, que no cabe esperar que los monjes y monjas, como conjunto de personas, se hayan comportado mejor o peor que los demás miembros de la sociedad. Las expectativas de un mayor nivel de moralidad podrían haber sido mayores que para quienes no vivían en una comunidad de este tipo, pero sería poco realista esperar que la santidad se adquiriera más fácilmente dentro de los muros del monasterio.

Cualquiera que fuera la regla o el marco normativo que siguieran, las principales funciones de los monasterios derivaban de imperativos espirituales. Al mismo tiempo, sin embargo, desempeñaban una amplia gama de funciones para la comunidad en general, relacionadas, por ejemplo, con la educación, la caridad, la asistencia médica o la propiedad económica. Algunas de estas funciones derivaban de imperativos espirituales, mientras que otras estaban supeditadas a la continuidad de su sostenibilidad económica. El desempeño de estas funciones planteó cuestiones que las comunidades monásticas todavía tienen que afrontar hoy en día, y que deben tenerse en cuenta al considerar los problemas históricos de la funcionalidad monástica que se abordan en este libro. ¿Cómo decidían los monasterios a quién destinar a tales funciones, y en qué factores se basaban estas decisiones? ¿Hasta qué punto les resultaba fácil a los monjes y monjas dedicados a tales funciones cambiar de modalidad, y desarrollaron estrategias para hacer frente a las demandas contrapuestas de compromiso y repliegue?

Los habitantes de los monasterios y conventos de la Edad Media no siempre habían tomado la decisión personal de ha-

cerse monjes o monjas de la forma que podríamos imaginar a primera vista. Los hombres y mujeres que entran hoy en la vida religiosa han discernido, en primer lugar, una vocación «profesional» religiosa; luego, una orden o modo de vida. En una ocasión, un monje del monasterio de Vatopedi, a quien había preguntado por qué había elegido ese célebre monasterio en lugar de cualquier otra de las veinte fundaciones del Monte Athos, me recordó amablemente que Dios, y no él, eligió el lugar para que ejerciera su vocación. Sin embargo, el ejercicio de la voluntad es un requisito previo para una vida religiosa en nuestros días: hay que ser receptivo a la llamada. En la Edad Media, tanto en Oriente como en Occidente, el monacato era «una ocupación tanto como una vocación, que debía ponderarse y medirse por lo que ofrecía a la sociedad laica y por lo bien que se llevaba a cabo». <sup>2</sup> Reconocer que en una sociedad en la que el monacato era una forma de vida normativa y omnipresente, y en la que los monasterios como instituciones dominaban los paisajes, las economías locales y las relaciones sociales, la elección personal no desempeñaba el mismo papel que ha llegado a desempeñar en el mundo occidental posterior a la Ilustración, no significa en modo alguno menoscabar o poner en duda la autenticidad de la profesión de los monjes y monjas medievales. La inversión de las familias locales en la salud material de un monasterio les proporcionaba vínculos con la comunidad que operaban tanto a nivel social como espiritual, pero que también podían reportar beneficios materiales inmediatos e influencia a las familias donantes. Cuanto más antiguo y venerable era el monasterio, mayor era el renombre reflejado en las familias asociadas. El hecho de que los miembros de una familia formaran parte de una comunidad monástica confería respetabilidad y demostraba a la sociedad local el compromiso de una familia con el monasterio, con el santo-patrono de la comunidad y, por tanto, también con la región en general que buscaba la protección del santo.

Un elemento crucial de la vida comunitaria según las reglas monásticas era la negación del individualismo. A pesar de ello, el papel desempeñado por la respuesta emocional individual en el gobierno interno de las comunidades monásticas debió de ser considerable. A los monjes y monjas se les ordenaba subsumir sus voluntades, deseos y elecciones en la comunidad a través del servicio al mundo monástico y la obediencia. Sin embargo, de diversos escritos monásticos se desprende claramente que esta exigencia ejercía presiones a veces inmanejables sobre los individuos. Igualmente obvio es que las expectativas de una vida comunitaria armoniosa a menudo se veían frustradas cuando monjes y monjas competían por el favor, la posición o el privilegio. Los monjes y monjas pueden haber elegido una vida en comunidad, pero no eligieron a los miembros de la comunidad. ¿Qué podían hacer los líderes monásticos para evitar las perturbaciones causadas por los gustos y aversiones humanos ordinarios, y hasta qué punto tenían éxito en la negociación de las necesidades de expresión emocional dentro de comunidades muy unidas de personas que, en primer lugar, no habían elegido la compañía de los demás?

Los monasterios medievales pueden parecer a primera vista muy alejados de la experiencia normal de la mayoría de las personas que podrían leer este libro. Sin embargo, algunas de las cuestiones planteadas tendrán resonancia para cualquiera que haya trabajado en un gran entorno institucional. Aunque los fundamentos espirituales ya no desempeñan ningún papel en la mayoría de los entornos institucionales, las organizaciones intentan representarse a sí mismas a través de declaraciones ideológicas de misión o códigos de conducta –por no mencionar los marcos jurídicos– que reivindicán principios de equidad, trato justo y normas sociales de comportamiento aceptadas. Los empresarios reconocen sus obligaciones sociales y legales para con sus empleados y clientes, y desarrollan políticas destinadas a promover el bienestar en el lugar de trabajo y el buen funcio-

namiento de las operaciones de cara al público. Al igual que las industrias contemporáneas, el monacato se basaba en la gestión institucional interna. Esto incluía operaciones complejas como alimentar, alojar y vestir a los monjes o monjas; el mantenimiento del patrimonio inmobiliario y su tejido; garantizar unas relaciones fluidas dentro de la comunidad entre la fraternidad o hermandad; y posibilitar un sistema de bienestar para ellos. Pero los monasterios también se sustentaban en operaciones externas de cara al público, que incluían la provisión de limosnas para los pobres, la hospitalidad para los viajeros, la educación para los hijos de la población local, la gestión de propiedades generadoras de ingresos y la recaudación de fondos de posibles benefactores. Muchas de las cuestiones de gobierno que producen fricción entre la regulación, la obligación social y la personalidad individual son tan normativas hoy como lo eran en los monasterios medievales. Entender el lugar de trabajo institucional es, por tanto, una vía para comprender el funcionamiento de un monasterio medieval.<sup>3</sup>

Aunque la investigación para este libro se ha desarrollado a lo largo de varios años, empecé a escribirlo tras la pandemia de COVID-19. Mientras reflexionaba sobre las implicaciones de la reclusión y el aislamiento monásticos para las comunidades y los individuos, se me ocurrió que las condiciones sociales de los cierres pandémicos presentaban situaciones que eran al menos vagamente análogas en algunos aspectos. Quizá nunca haya habido un momento más apropiado para comprender cómo funcionaban los monasterios medievales. Los estudios sobre cómo las empresas, las familias y los individuos se han adaptado, o han luchado por adaptarse, se han centrado en cuestiones de aislamiento, la uniformidad de la rutina y la falta de interacción con el mundo exterior como factores que conducen a cambios en los patrones de salud mental. El monacato –sin reproducir en modo alguno las condiciones de vida en tiempos de pandemia– nos ofrece un paradigma de rutina es-